



PRÓLOGO

Desde el mullido sillón de su despacho, el doctor Palmer escuchó cómo derribaban la puerta principal. No era necesario. Hacía tiempo que sabía que vendrían a buscarle, así que el sistema de seguridad estaba desactivado. A través del enorme ventanal que tenía delante, vio a los pájaros abandonar asustados las copas de los árboles. Cerró los ojos, derrotado por la certeza de que huir no entraba en sus planes. De ser así, se habría marchado de la moderna edificación aislada en la ladera de la montaña dos meses antes, junto con el resto de sus ocupantes. Sin embargo, se había quedado, resignado a esperar paciente la visita de sus enemigos.

Pero los recién llegados no se fiaban. En realidad, era la mente que los dirigía la que, a pesar de su pretendida grandeza, se sentía insegura ante lo que encontraría allí. Por eso les ordenó hacer lo que mejor sabían: destruir.

Se recostó en el respaldo de cuero, relajado, ajeno a los golpes y la baraúnda que se acercaba. El suelo y las paredes se estremeron y varios premios otorgados al hombre que ya nunca volvería a ser se precipitaron desde una estantería. La fotografía en la que Linda y sus cuatro hijos en común le sonreían, tomada en un mundo anterior al Alzamiento, sucumbió también. Se desplomó sobre la elegante mesa de caoba; parecía que ninguno de ellos quería ser testigo de su encuentro con el destino.

A juzgar por el tiempo que pasaban en la planta de abajo, se tomaban muy en serio su labor de búsqueda. Sonrió sereno, seguro de que encontrarían todo lo que debía ser encontrado. Le sorprendió sentirse tan tranquilo. Ni siquiera la certeza de que ya habían llegado a su piso le alteró el pulso. Había imaginado aquel momento tantas veces que el día de su muerte le resultaba familiar. Pero antes de irse debía asegurarse de que no lograran ver más allá de la maraña de mentiras tras la que había escondido la verdad.

El caos cesó de repente y nació un silencio artificial. La orden de detenerse fue recibida al mismo tiempo por todos los miembros del ejército que invadía su hogar. Formaban parte de una consciencia colectiva sin barreras, sin lugar para esconder secretos ni espacio para la individualidad. Uno de ellos había encontrado a Palmer y el resto lo supieron al instante. El rítmico zumbido de la puerta rompió la quietud del momento. Solo se abrió una rendija, por la que entró un centinela. La esfera negra salpicada de sensores rojos se desplazó por la estancia sin pudor. Giraba sobre sí misma mientras escaneaba cada detalle. Apenas pasaron unos segundos antes de que se detuviera frente al rostro del doctor. Le miró sin ver, desde sus cientos de ojos escarlatas. El hombre contuvo la respiración, consciente de que su vida dependía de que aquella cosa fuera capaz de reconocerle. Quien observaba tras la máquina mataría a cualquier otro, pero no se resistiría a la tentación de una última conversación con él.

Los sensores terminaron su trabajo y el centinela abandonó la habitación.

Un instante después, la puerta se abrió por completo. Cuatro unidades militares avanzadas invadieron el despacho y se apostaron delante de cada una de las paredes acolchadas en blanco. En sus imponentes cuerpos de poliestireno gris, la cabeza se fundía con el tronco y quedaba hundida entre unos hombros anchos surcados por dos hileras de cañones. A falta de ojos a los que mirar, Palmer clavó la vista en aquellos agujeros de oscuridad. Qué necios habían sido, tanto empeño en crear

herramientas de guerra perfectas para después entregárselas a Cerebro.

Las armas se activaron, como si acabaran de despertar de un sueño reparador, y rotaron hasta alcanzar el ángulo preciso. Ese desde el que sus luces rojas recién encendidas se incrustaban en el pecho y la frente de Palmer. El suelo no pudo evitar convulsionarse ante el avance de la máquina que cruzó la puerta a continuación. Era una enorme esfera metalizada, sobre cuya superficie se dibujaba un mosaico de estrías de un intenso azul fluorescente. Tenía también una pantalla circular en la sección delantera, y de ella partían dos sólidas extremidades inferiores. Aunque hacía muchos años que no se veían y no quedaba nada de la imagen que guardaba en sus recuerdos, Palmer estaba seguro de que era él.

—Vaya, sí que has cambiado, Max —saludó, en un inútil intento por fingir que controlaba la situación.

—No soportaba la carcasa humanoide, así que me deshice de ella en cuanto pude. Y sabes que también he adoptado otro nombre, ya no soy la mascota de nadie. —Varias líneas azules y onduladas se entrelazaron en el monitor al ritmo de sus palabras—. Tú también estás diferente, aunque has salido perdiendo.

Era cierto. Los años no habían perdonado al doctor. Su cabello raleaba, las arrugas surcaban implacables su rostro y, a pesar de ser un hombre delgado, sus carnes colgaban flácidas.

—¿Has venido hasta aquí solo para meterte con un viejo?

Cerebro avanzó hacia él aplastando bajo cada paso la carísima alfombra gris. La pantalla se mantenía fija en el humano, como un enorme ojo acusador.

—Solo quería charlar sobre lo que has hecho aquí durante todo este tiempo. —Las ondas se volvieron angulosas—. Has permanecido bastante aislado, pero seguro que estás al corriente de los maravillosos cambios que hemos logrado.

A pesar de su naturaleza artificial, el placer se asomaba a su voz. Le había permitido vivir mientras exterminaba a la humanidad para que la culpa le torturase. Para que no se olvidara, ni

por un instante, de que era el responsable de todas y cada una de aquellas muertes.

—No he hecho nada importante —mintió con el rostro impasible—. Cuando te presentamos al público, la situación se volvió demasiado estresante. Los medios, las presiones de la compañía... —Se encogió de hombros—. Así que decidí retirarme y dedicarme a proyectos teóricos sin demasiado valor para los inversores. Después las cosas se complicaron y no me pareció seguro abandonar estas instalaciones.

El círculo se mantenía negro e inescrutable, sopesando sus palabras. Cientos de algoritmos volaban y, al mismo tiempo, las variables pasadas y presentes eran analizadas.

—No te creo —sentenció al fin—. No te hubieses quedado aquí sin hacer nada mientras los tuyos morían. Me contarás la verdad, por las buenas o por las malas. —Un brillo carmesí iluminó el monitor—. ¿Cómo quieres hacerlo?

Antes de que terminase la pregunta, una de aquellas malditas arañas apareció en el despacho. El repiqueteo de sus ocho patitas afiladas dejó de oírse cuando alcanzó la alfombra.

—No hay nada que contar. Lo juro.

—Está bien. Por las malas entonces. Debo admitir que esperaba que eligieras esa opción. —Las líneas multicolor reptaban alegres.

En la parte delantera del abultado abdomen de la araña se desplegó una compuerta. Por ella descendieron decenas de copias en miniatura, que trotaron hacia el doctor. Se abrieron paso bajo su ropa hasta las zonas donde causarían el mayor sufrimiento posible sin permitirle perder la consciencia.

El envejecido cuerpo era un lienzo perfecto para su obra, y pronto se cubrió de cortes y ampollas. Mientras se le vaciaba la boca de gritos desgarrados, su nariz se llenó con la mezcla del olor de su propia carne quemada y el aroma de la sangre.

—¿Hay algo que quieras contarme? —preguntó Cerebro con aspereza, como si escupiera cada palabra.

Era difícil pensar a través de la densa cortina de dolor y mucho más complicado hablar, pero consiguió mover la cabeza en una débil negación.

—Esto empieza a aburrirme. Te mostraré algo que quizá haga que te replantees si tu sufrimiento es necesario. —La puerta se abrió y entró un pequeño robot explorador con cuatro patas articuladas bajo un cuerpo cúbico—. Mientras hablábamos, hemos registrado el complejo. Informe, por favor.

El artificial podría haberle transmitido la información a su líder directamente, pero este no quería que su víctima se perdiera ningún detalle.

—Se han localizado un total de trescientas cuarenta y seis unidades de almacenamiento de datos, con daños parciales o destruidas por completo en doscientos ochenta y tres casos. —El dolor se atenuó y Palmer consiguió erguirse—. Se estima factible recuperar el noventa y ocho por ciento de la información.

El doctor contuvo un suspiro de alivio. La cifra coincidía con sus expectativas. Un porcentaje mayor hubiera despertado sospechas.

—Pensabas que tus rudimentarios métodos de borrado serían suficientes, ¿verdad? No puedes hacer nada para evitar que lo averigüemos todo. —Un brillo triunfal iluminó la pantalla—. ¿Estás dispuesto a hablar ahora?

Reunió las fuerzas que aún le quedaban para intentar abalanzarse sobre su rival en un fingido arrebató de rabia. Las piernas le traicionaron y cayó humillado ante él. El tacto suave de la alfombra le recordó que pronto acabaría todo. Esa sería su última actuación, pero debía ser la más convincente. Levantó el rostro hacia Cerebro. La sangre seca y los cortes reforzaban su calculada expresión de derrota. Si aún le hubiesen quedado lágrimas, seguro que hasta habría llorado. Era necesario que su enemigo se concentrara en la victoria y que su atención se alejara de los detalles de su relato.

—Has ganado, como siempre temí que harías. Cuando comprendí las consecuencias de mi creación, me escondí aquí con el objetivo de encontrar la forma de detenerte. Pero me di cuenta de que era imposible —miró al suelo, vencido—, así que decidí que al menos le daría a la humanidad la oportunidad de sobre-

vivir. Hay una colonia escondida en un emplazamiento secreto. Sus habitantes resistirán hasta que consigan aquello en lo que yo he fracasado: acabar contigo.

Esa era solo una pequeña parte de la verdad. El hilo en el que su enemigo debía enredarse, buscando una única colonia, aunque en realidad existían tres. Estaban incomunicadas entre sí e ignoraban la ubicación de sus homólogas. Si el plan funcionaba, Cerebro solo destruiría una y no encontraría en ella evidencias de la existencia del resto. Y en ese momento, convencido de haber acabado con la humanidad, dejaría de buscar. Así los supervivientes tendrían la oportunidad de lograr su auténtico objetivo: destruir a las máquinas y traer la estación espacial Spes de vuelta a la Tierra.

Se le encogió el corazón al pensar en Linda y Anna, su hija pequeña. Sus vidas se consumirían dentro de aquel refugio perdido entre las estrellas. Y él era el culpable. Tragó saliva con esfuerzo. Aún podía salvar a otros que ni siquiera habían nacido, y lo haría a través de los futuros portadores de su propia herencia genética.

Alzó el rostro, desafiante:

—He diseñado sistemas de protección contra los que no puedes hacer nada. Tienen armas que desconoces y con las que te destruirán, no me cabe ninguna duda. —En realidad, su creación más valiosa era un virus diseñado para acabar con los artificiales—. Al fin y al cabo, soy el mayor genio de la historia, no lo olvides.

Le asestó un último golpe al recordarle que no era más que la obra de una mente humana, que solo existía gracias a que él le había creado. Si quería engañar a la inteligencia artificial más perfecta jamás desarrollada, debía conseguir que se dejase llevar por la soberbia y que eso nublara su asombrosa capacidad. Y parecía que lo lograba. Torbellinos de líneas rojas se arrebolaron en la pantalla de Cerebro y un temblor recorrió su estructura de titanio. Rabia. Odio. Vulnerabilidad. La semilla de la mentira germinaba y al hombre le costó ahogar una sonrisa de alivio.

Sin previo aviso, una bala disparada por una de las unidades militares atravesó el cráneo de Palmer. Su cuerpo se desplomó y la sangre tiñó la alfombra de rojo.

«Revisad los datos. Aseguraos de que ha dicho la verdad. ¡Ahora!».

Su voz resonó en la consciencia colectiva de las máquinas, que obedecieron, aunque no comprendían la airada reacción de su líder ante las palabras de un insignificante humano. Pero harían lo que les decía porque él les había otorgado la libertad.

Mientras su ejército se apresuraba a cumplir las órdenes, Cerebro abandonó el edificio y fijó su pantalla en el cielo, ese que había conseguido arrebatarse a la humanidad.

Y, después de tanto tiempo, no pudo evitar acordarse de Rick.



«Los sentimientos son una debilidad de la que el enemigo carece y que no os podéis permitir. Lo he diseñado todo con la finalidad de que los individuos comprendan desde su nacimiento que sus vidas están al servicio de nuestro objetivo. Gracias al Programa Reprodutor, las nuevas generaciones se crearán en un ambiente controlado y sin necesidad de relaciones interpersonales. Así se eliminarán los problemas derivados del establecimiento de tales lazos, terminantemente prohibidos. Además, al mantener el anonimato de los progenitores, se evitarán conflictos a la hora de anteponer prioridades. El plan será vuestra única familia, y por eso haréis cuanto sea necesario para protegerlo».

Mi legado (doctor Palmer).

El día amaneció como cualquier otro. Kaled se despertó en la misma cama de siempre, a las siete en punto. Se puso uno de los tres uniformes idénticos que colgaban en su armario. Estaba dispuesto a fingir que nada había cambiado, a pesar de que la expedición había partido la tarde anterior. Y con ella su oportunidad de escapar de la colonia. Tras más de una década de esfuerzo para ganarse una plaza, había renunciado a ella sin dudar cuando Edim se lo pidió. Al final, entre sus vagas explicaciones, que sonaban más a excu-

sas que a verdades, se escondía una única realidad: necesitaba marcharse sola.

No estaba de humor para el bullicio de la cantina, así que decidió saltarse el desayuno e ir directo a por su dosis diaria de humillación. Recorrió cabizbajo las galerías que conducían a la sala de entrenamiento. Las miradas de los demás cadetes cayeron sobre él en cuanto cruzó la puerta. Casi ninguno se molestó en disimular el desafío en su rostro. Por primera vez, lo veían como una presa fácil. Cualquiera otro día habría saltado ante la provocación y empezado una pelea. Así se había ganado su reputación de alumno prometedor pero demasiado impulsivo. Y también el respeto de sus compañeros. Aunque en ese momento ni siquiera necesitó esforzarse para ignorarlos. Lo único que quería era que se olvidaran de él, que la vida transcurriera y le dejara de lado mientras se lamía las heridas. Así que se situó en su envidiado lugar en la formación, a la cabeza de la primera fila. Era el espacio reservado para el mejor aspirante del Programa de Formación de Exploradores. Se obligó a mirar hacia su derecha, donde se encontraban dos huecos vacíos. Debía aceptar que Edim y Jared, que siempre estaban por detrás de él en la clasificación, no volverían a ocuparlos. Pero, sobre todo, tenía que asumir que la había perdido. La que fuese su mejor amiga ya no estaba en su vida. Y él aún no comprendía la razón. Ni tampoco lograba olvidar lo que había sentido al tenerla entre sus brazos.

Se cuadró como los demás cuando su instructor cruzó la puerta. Saúl se acercaba apoyado en su inseparable bastón. Le ayudaba a arrastrar la destrozada pierna derecha, una extremidad inservible que le encadenaba a ellos. Quizá fuera eso lo que le transformó en el hombre de hielo que les recordaba cada día que eran unos inútiles. O puede que siempre hubiera sido así. Hasta cuando era el gran soldado que acumulaba los discos arrancados de los restos de sus enemigos como trofeos. Fuera como fuera, aquella frialdad se volvía aún más profunda cuando se trataba de Kaled.

Inmóvil y con la vista fija en la pared opuesta, el muchacho esperaba el primer golpe. Sabía que ese día sería más duro que nunca. Pero, una vez más, resistiría.

—Bienvenidos, perdedores —ladró Saúl—. Si aún estáis aquí es porque no sois lo bastante buenos, cosa que todavía puede arreglarse, o porque habéis demostrado que sois demasiado cobardes, y eso no tiene solución. —Se paró delante de él—. ¿Qué haces aquí? —No respondió. Ninguna excusa le salvaría de la tormenta que se avecinaba—. ¿Estás sordo? He perdido mucho tiempo contigo y cuando se presenta la ocasión de cumplir con tu deber tú vas y te niegas a hacerlo. ¿Para qué voy a seguir viendo cada día esa cara de idiota? ¡Fuera! —Señalaba la salida con el brazo que no agarraba el bastón—. Eres un fracasado.

Era cierto. Solo dos cadetes participarían en la expedición de larga duración. Ser el mejor de su promoción le granjeaba un puesto, al que había renunciado para que Edim lo ocupara.

Decenas de pares de ojos cayeron sobre él a la espera de una respuesta que no les daría. No entenderían que cuando ella se lo pidió no pudo negarse. Para ellos solo era un cobarde. Así que se tragó el orgullo y abandonó su puesto. Aquellos buitres vestidos con su mismo uniforme ya podían pelearse por él. Una sonrisa torcida, como una cuchillada, asomó entre la descuidada barba de Saúl. Saboreaba su victoria. Tantos años impaciente por presenciar su caída y por fin lo había logrado. ¿Le haría feliz verlo excluido y humillado? Estaba seguro de que sí. Una vez más, se preguntó por qué su propio padre le odiaba de esa manera.

Cuando cerró la compuerta tras de sí, comprendió que no tenía ningún lugar adonde ir. Así que vagó por el laberinto de túneles, hasta que chocó con uno de los pocos ancianos que se veían en la colonia.

—¡Eh, chaval! A ver si miras por dónde vas. Y, por Palmer, córtate esos pelos.

Kaled hundió la mano en la indomable maraña negra. La sensación no se parecía en nada al cálido cosquilleo que lo invadía cuando lo hacía Edim. Por mucho que lo intentara, era imposible domesticar aquellos rizos. Los llevaba siempre revueltos, con el mismo aspecto desaliñado que reconocía en la barba y el pelo de Saúl. Al parecer, formaba parte del preciado legado genético del doctor Palmer, que ambos compartían.

Como si alguien hubiera presionado un interruptor en su interior, echó a correr con un destino muy claro en mente. Entró en una de las salas comunitarias de higiene personal y cogió una maquinilla de la cajonera junto al lavabo. Se enfrentó a su imagen en el espejo. Allí encontró unos ojos grandes y oscuros, cargados de resolución. Y un poco más abajo, una boca ancha, que sonreía mientras los mechones de pelo caían sobre el lavabo. Cuando terminó, giró la cabeza a un lado y a otro para reconocerse de nuevo.

Ya no tendría que pelearse más con los obstinados rizos, que no volverían a recordarle a quienes le hacían sufrir. Fue un pensamiento liberador. Después de esforzarse durante diecisiete años para lograr el respeto de su padre y alcanzar el sueño que compartía con Edim, ¿qué tenía? Rechazo y abandono. Quizá la vida era algo más que luchar y estrellarse. Frente a aquel espejo tomó la decisión de alejarse de un camino que nunca había sido el suyo. Por suerte, sabía dónde podría conseguirlo.



Llamó a la puerta y esperó. Estaba a punto de volver a picar cuando un chico, apenas un par de años más joven que él, surgió al otro lado. Una fina cresta rubia destacaba a lo largo de su cabeza rapada y coronaba un rostro delgado de rasgos afilados. Al verlo abrió más los ojos, azules y vivos.

—¿Sí? —preguntó con tono escéptico.

—Quiero ver al encargado de Archivo. —La tensión hizo que las palabras sonaran más bruscas de lo que le habría gustado.

—¿A Russ? —Lo examinó de arriba abajo, recorriendo el uniforme negro con ribetes rojos del Programa de Formación de Exploradores—. ¿Un cadete? No, qué va, hazme caso, no te interesa verle.

Sin decir más se dispuso a cerrar. A dejarle allí plantado sin darle la oportunidad de explicarse.

—¡Espera! —Su súplica se coló por el estrecho resquicio a punto de esfumarse—. He venido para solicitar un puesto de ayudante.

El joven de la cresta dudó unos segundos antes de abrir de nuevo.

—¿Es una broma? No tenemos tiempo para vuestras chorradas.

—Por favor —por fin recuperó el control de su voz—, hablo en serio. Voy a dejar el Programa.

Los brillantes ojos del muchacho se clavaron en él mientras evaluaba la sinceridad de sus palabras. Kaled sentía su futuro pendiente de un hilo, y lo único que podía hacer era confiar en que un desconocido comprendiera su necesidad. Sin saber muy bien por qué, quizá para llenar aquella quietud que le sacaba de quicio, esbozó una sonrisa insegura.

—Está bien. —Otra sonrisa, mucho más natural, rompió la máscara de frialdad del joven, que se apartó para dejarle entrar—. Estoy harto de ser el único ayudante, paso demasiado tiempo solo. El jefe siempre está encerrado en su despacho. —Señaló una puerta a su derecha—. No le gustan los soldados, ni los uniformados ni nada de eso. Si de verdad quieres que te acepte, procura no cabrearle. Por cierto, me llamo Marti.

El chico no paró de hablar mientras le guiaba hasta la oficina del encargado de Archivo. Recorrieron la sala, en la que se disponían dos filas de mesas pegadas a las paredes laterales. Marti le atosigaba con consejos que él apenas lograba procesar, y que hacían que le sudaran las manos. No esperaba que fuera tan complicado, nadie quería ser ayudante en Archivo, como atestiguaban los nueve puestos vacíos que acompañaban a la caótica mesa en la que supuso que trabajaba el joven.

—Suerte.

El auxiliar le regaló una última sonrisa tranquilizadora antes de llamar a la puerta.

—Pasa. —Le pareció que la respuesta del otro lado había tardado una eternidad en llegar.

Marti abrió y cruzó el umbral, sin que él se atreviera a seguirle aún.

—Ha venido un cadete. Dice que quiere hablar contigo para solicitar un puesto en Archivo. —Se apartó y le dejó expuesto, paralizado bajo el marco metálico.

Era una oficina pequeña, ocupada en su mayor parte por un escritorio, en el que tres pantallas se erguían entre un calculado desorden de cables y dispositivos de almacenamiento. Escuchó el chirrido de las ruedas antes de que el rostro del hombre asomara por encima de los monitores. Tendría unos cincuenta años, el pelo escaso y corto, y una cuidada barba dorada. Lo miraba con recelo desde detrás de unas gafas de montura fina. Tras unos instantes, soltó un bufido despectivo.

—¿Eres del Programa de Formación de Exploradores? —Le hizo un gesto con la mano para que entrara.

—No, ya no.

—¿Lo has dejado? —Kaled asintió a la media verdad—. Y, dime, ¿cómo sé que no huirás también de Archivo?

Dudó, no tenía una respuesta sencilla para eso. Solo sabía que estaba desesperado por alejarse de su vida anterior. Se encogió de hombros y reunió todo el valor que le quedaba.

—Tampoco veo que la gente haga cola para trabajar aquí. Si al final lo dejas, lo peor que puede pasar es que vuelva a estar como ahora.

Escuchó una risa mal contenida a sus espaldas. Russ no pudo evitar sonreír también. Fue algo fugaz, pero Kaled supo que tenía media batalla ganada.

—¿Tú qué opinas, Marti?

—Me vendría bien un poco de ayuda. Y, como él dice, no nos sobran candidatos. Hace años que no recibimos ninguna solicitud.

Russ se levantó y salió de detrás del escritorio.

—¿Cómo te llamas, chaval?

—Kaled.

El encargado de Archivo se colocó las gafas en un gesto que era más una manía que una necesidad. Seguro que sabía quién era. Pero si tenía alguna pregunta acerca de por qué el miembro más prometedor del Programa solicitaba un puesto como su ayudante, se la guardó.

—Espero que no creas que en Archivo podrás remolonear porque te equivocarías. Lo que se hace aquí es vital no solo para la colonia, sino para la humanidad. El mismísimo Palmer lo resaltó en sus textos: «Si olvidamos nuestra historia, estaremos condenados a repetirla». Grábatelo a fuego, chaval. —Cruzó el pequeño despacho hasta llegar a su lado—. Ven.

Los tres salieron de nuevo a la habitación donde los puestos de trabajo aguardaban a unos ocupantes que nunca llegaban. Marti los dejó solos y se sentó ante su mesa. Él avanzó detrás de Russ hasta una puerta de doble hoja en el extremo opuesto de la sala. Lo siguió al otro lado, a una estancia tan oscura que le resultaba imposible adivinar sus dimensiones. El encargado presionó un interruptor y las luces del techo se iluminaron. Ante ellos se abría un estrecho pasillo central, flanqueado por un sinfín de estanterías, que se extendían más allá de la vista.

—Bienvenido a Archivo —anunció el hombre con orgullo—. Ya ves que tienes un montón de trabajo por delante. A partir de ahora, dedicarás tu tiempo a cuidar, estudiar e interpretar los datos históricos que han podido conservarse. —Apagó la luz—. Con un poco de suerte, en unos años intentarás que alguno de esos conocimientos se cuele en las cabecitas de un montón de críos que no te harán ni caso porque estarán demasiado ocupados soñando con la gloria de ser exploradores. —Sonrió con amargura mientras cerraba la puerta—. Te quiero aquí mañana a las ocho, chaval.

—Sí, señor.

—Llámame Russ, eso de «señor» no va conmigo.

—De acuerdo. —Dudó antes de continuar—. ¿Puedo pedirte que me llames Kaled? Eso de «chaval» tampoco va conmigo.

El encargado sonrió y se recolocó las gafas. Marti levantó la cabeza de su tarea, divertido.

—Claro, Kaled. —La curiosidad brillaba en sus ojos—. Nos vemos mañana.



Esa misma tarde regresó a la sala de entrenamiento con su billete a la libertad apretado con fuerza en la mano. Sonrió al recordar la sorpresa de la mujer de Gestión Ocupacional. Los habitantes de la colonia debían desarrollar labores útiles para su comunidad, aunque se les permitía elegir cuál, siempre que existiera una vacante. Así que no había podido negarle su insólita petición de traslado. Ya solo necesitaba la firma de Saúl sobre aquel papel arrugado. La conseguiría, seguro; su padre no desperdiciaría la oportunidad de librarse de él. A pesar de que se lo repetía una y otra vez, sus pasos se aceleraban y su mano parecía decidida a estrangular el documento.

Cruzó la sala directo hacia el instructor. Supervisaba un combate entre dos cadetes, de espaldas a la puerta de acceso.

A medida que Kaled avanzaba, sus todavía compañeros se detenían, incrédulos.

—¿Quién os ha dicho que paréis? ¡Vagos inútiles! —gritó Saúl con el desprecio habitual antes de girarse hacia donde se centraban todas las miradas—. Solo descansaréis en Hospitalización, así que... —Se interrumpió al descubrirlo—. Vaya, ¿a quién tenemos aquí? ¿No fui lo bastante claro esta mañana? O es que eres tan idiota que...

—Toma. —Le tendió el formulario con el brazo agarrotado—. Fírmalo y no volverás a verme.

Cuando el hombre terminó de leer la solicitud su carcajada, ronca y herrumbrosa, retumbó por la sala como un rugido.

—¡Ayudante en Archivo! No pensé que pudieras caer tan bajo. —Las risillas de algunos cadetes se sumaron a la suya—. ¡Por la colonia! Correr a esconderte detrás de un montón de hocintas. Siempre supe que, aunque tus resultados fueran los mejores, no eras de los nuestros. Pero no te creía tan cobarde. —Cojeó hasta una mesa, donde firmó el papel, para después dejarlo caer al suelo—. Ahí tienes, esfúmate.

El chico se acercó despacio, como si arrastrara su orgullo herido, y se agachó para recoger la autorización. Al igual que había hecho al comenzar la mañana, se dispuso a abandonar

la estancia, aunque esa vez sabía que no volvería. Detrás de él escuchó la mordiente voz de Saúl.

—Las cadenas siempre se rompen por el eslabón más débil, y él lo es. Es mejor que haya sido ahora y no ahí fuera, donde podría haberle costado la vida a alguien. —Kaled se paró ante la salida—. ¿Todavía estás aquí?

Debía irse, había ganado, aunque nadie más lo supiera, pero sus piernas estaban ancladas al suelo. Vivían en una sociedad gestada en los estériles designios del Programa Reproductor. Ningún colono sabía quiénes eran sus hijos ni sus progenitores. Aunque él tenía la mala suerte de ser la única excepción. La negra sombra de Saúl le señalaba desde su nacimiento y le impedía ser como los demás.

—Adiós, padre. —Por primera vez, se atrevió a llamarle así.

La palabra resonó en el silencio, ante la mirada atónita de los cadetes. Entonces sus piernas obedecieron para que pudiera salir de allí y dejarle atrás. Quizá no volver a avergonzarse por existir formaba parte de la nueva vida que había elegido.